



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

Título original: HISTOIRES INÉDITES DU PETIT NICOLAS

El pequeño Nicolás los personajes, las aventuras y los elementos característicos del universo del pequeño Nicolás son una creación de René Goscinny y Jean-Jacques Sempé. Los derechos de depósito y de explotación de marcas ligadas al universo del pequeño Nicolás quedan reservados a IMAV éditions. Le Petit Nicolas® es una marca registrada verbal y figurativa. Todos los derechos de reproducción o de imitación de la marca y cualquiera de sus logos están prohibidos y reservados.

© 2004 IMAV éditions / Goscinny-Sempé

© De la traducción: 2005, Miguel Azaola

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-028-2

Depósito legal: M-37.671-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: junio de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# El pequeño Nicolás

## ¡Diga!

Goscinny-Sempé

loqueleg



*A Gilberte Goscinny*



## Prólogo

No guardo ningún recuerdo de mi primer encuentro con Jean-Jacques Sempé porque le conozco desde siempre. Yo era una niña pequeña y aún hoy sigue llegando hasta mí su risa mezclada con la de mi padre. Por eso puedo afirmar que Jean-Jacques Sempé tiene una cosa en común con el pequeño Nicolás: forma parte de mi infancia.

9

La historia comienza a principios de los años cincuenta. Sempé la cuenta así: «Un día me encontré con René Goscinny, que acababa de llegar de Estados Unidos. Nos hicimos compinches en el acto».

Compinches. Esa es justamente la palabra clave del universo que iban a crear juntos.

Y así fue. Desde 1959 a 1965, mi padre y Sempé crearon cada semana un nuevo episodio para *Sud-Ouest Dimanche*. Muchos de ellos se publicaron recogidos en cinco libros.

10 Para escribir y escenificar las aventuras del pequeño Nicolás, los dos hombres compartieron sus recuerdos de infancia. El aroma de la tiza en Buenos Aires es el mismo que en Burdeos... El genio de sus creadores consistiría en transmitirnos la convicción de que también nosotros habíamos vivido las aventuras de Nicolás.

Mi padre no tuvo tiempo de contarme su propia infancia, y la mía quedó sellada por su muerte.

El 5 de noviembre de 1977, Nicolás, Godofredo, Clotario, el Caldo y los demás dirigieron una mirada hacia las nubes. Los personajes de papel, estoy segura, saben que un creador no muere nunca...

Lo cierto es que siento por ese mundo una ternura infinita, la ternura que se siente por la infancia de quienes uno ha amado apasionada-

mente. Y sueño, mientras saboreo el humor de aquellos dos magos.

Tras la desaparición de mi padre, Sempé siguió siendo el fiel amigo de siempre. Mi madre y él se profesaban un entrañable cariño y, cuando cenábamos con Jean-Jacques, yo les oía reírse con una risa que, no obstante, pertenecía a los dominios de la memoria.

11

Pero no se habían publicado todas las historias... y Gilberte Goscinny, mi madre, concibió un proyecto: dar al público la oportunidad de reencontrarse con Nicolás y su pandilla publicando las historias inéditas de aquel chiquillo que ella quería tanto. De nuevo la vida decidió otra cosa y una nueva sonrisa sedujo a las nubes: mi madre no tuvo tiempo de materializar su idea.

Jean-Jacques Sempé y yo volvimos a encontrarnos en un restaurante de Saint-Germain-des-Prés. Le enseñé una primera maqueta de los textos de mi padre ilustrados con sus dibujos. Todavía le estoy viendo mientras escrutaba sus propios trazos... casi cuarenta años después,

sonriendo (¡y con qué sonrisa!). Espontáneamente, se unió entusiasmado a mi proyecto.

Juntos, acompañaremos a Nicolás de nuevo al colegio. Los dos le daremos la mano.

12 Tras unas vacaciones tan largas, el famoso colegial no ha cambiado. Las ochenta historias\* y cerca de doscientos cincuenta dibujos que se reúnen aquí vuelven a hablarnos de él. De él y de sus compañeros: Agnan, Alcestes, Rufo, Eudes, Clotario, Joaquín, Majencio... y Godofredo, que, en esta recopilación, se queda con la parte más lucida. Godofredo es el que tiene un papá muy rico. Invita a Nicolás a su casa por primera vez: «Tiene una piscina en forma de riñón y un comedor tan grande como un restaurante».

Pero es Alcestes, uno gordo que come todo el rato, el que sigue siendo el mejor amigo de Nicolás.

\* Veintiocho en *La vuelta al cole*, veintiséis en *¡Diga!* y veintiséis también en *El chiste*.

«—En Nochebuena —le he dicho—, tendremos en casa a la abuela, a mi tía Dorotea y a tito Eugenio.

—En mi casa —me ha dicho Alcestes— tendremos pavo con morcilla blanca».

Yo misma me he convertido en mamá de un niño y una niña. Seguro que eso es lo que me ha hecho pensar que había llegado el momento de publicar estos tesoros ocultos. ¿Puede imaginarse una forma más bonita de hablarles de su abuelo?

Aparte de ese motivo personal, publicar estas historias inéditas parecía algo natural. Es cierto que se dirigen a quienes descubrieron el placer de la lectura gracias al pequeño Nicolás, pero también a quienes acaban de empezar a ir al colegio.

La fuerza de esta obra estriba en que seduce tanto a los niños como a los mayores. Los primeros se identifican, los segundos se acuerdan...

Anne Goscinnny



## La comida familiar



¡Hoy ha sido un día genial! Era el cumple de la abuela, que es la mamá de mamá, y todos los años, el día del cumple de la abuela, se junta toda la familia para comer en un restaurante y lo pasamos bomba.

15

Cuando papá, mamá y yo llegamos al restaurante estaban ya todos allí. En medio había una gran mesa, con flores por encima y la familia alrededor, gritando, riéndose y saludándonos. Los demás clientes del restaurante no gritaban, pero se reían.

Fuimos a darle un beso a la abuela, que estaba sentada en una punta de la mesa, y papá le dijo:

—Cada año que pasa está usted más joven, querida suegra.

Y la abuela le contestó:

—Pues tú sin embargo, querido yerno, tienes aspecto de cansado. Deberías cuidarte.

Estaba también tito Eugenio, el hermano de papá, que es gordo y colorado y se ríe todo el rato.

—¿Qué tal te va, Gabundo? —le dijo a papá, y a mí me dio la risa porque es una broma que no conocía y pienso usarla.

16

Tito Eugenio me cae muy bien. Es muy gracioso y siempre está contando chistes. Lo malo es que, en cuanto empieza a contarlos, me hacen salir de la habitación. También estaban el tío Casimiro, que nunca habla mucho; y la tía Matilde, que habla sin parar; y la tía Dorotea, que riñe a todo el mundo; y Martina, que es la prima de mamá y es la mar de guapa, y papá se lo ha dicho, y mamá le ha dicho a Martina que era verdad, pero que debería cambiar de peluquero porque el marcado no le sentaba bien. Estaban además el tío Silvino y la tía Amelia, que suele estar enferma todo el tiempo; le han hecho un montón de operaciones y las cuenta

continuamente. Hace bien porque, con el aspecto tan fantástico que tiene la tía Amelia, se ve que las operaciones han sido un éxito. Y además estaban mis primos, a los que no veo mucho porque viven muy lejos: Roque y Lamberto, que son un poco más pequeños que yo y que son igualitos porque nacieron el mismo día; su hermana Clarisa, que tiene mi edad y un vestido azul, y el primo Eloy, que es un poco mayor que yo, pero no mucho.

17

Todos los mayores nos acariciaron la cabeza a Roque, a Lamberto, a Clarisa, a Eloy y a mí. Nos dijeron que habíamos crecido mucho y nos preguntaron si estudiábamos mucho en el colegio y cuánto eran 8 por 12. Tito Eugenio también me preguntó si tenía novia y mamá le dijo:

—Eugenio, no cambiarás nunca.

—Bueno —dijo la abuela—. ¿Y si nos sentáramos? Se está haciendo tarde.

Entonces todos se pusieron a buscar dónde sentarse, pero tito Eugenio dijo que él iba a colocar a todo el mundo.

—Martina —dijo—, tú siéntate aquí, a mi lado. Dorotea, al lado de mi hermano...

18 Y papá le interrumpió diciendo que así no, que él pensaba... Pero la tía Dorotea no le dejó acabar y le dijo que dónde estaba su amabilidad de antes, que ya no se veían mucho y que podía hacer un esfuerzo por ser galante. Martina se echó a reír, pero papá no se reía ni pizca y le dijo a tito Eugenio que siempre tenía que dar la nota. La abuela dijo que empezábamos bien, y entonces un camarero que parecía más importante que los demás se acercó a la abuela y dijo que se estaba haciendo tarde y la abuela dijo que el *maître* tenía razón y que se sentaran todos de la forma que fuese y todo el mundo se sentó, Martina al lado de tito Eugenio y la tía Dorotea al lado de papá.

—Creo —dijo el *maître*— que podríamos poner a todos los niños juntos en un extremo de la mesa.

—Muy buena idea —dijo mamá.

Pero entonces Clarisa se echó a llorar diciendo que quería quedarse con los mayores y con

su mamá y que tenían que cortarle la carne y no había derecho y que iba a ponerse mala. Todos los demás clientes del restaurante habían dejado de comer y nos miraban. El *maître* vino corriendo, con aspecto de estar bastante nervioso.

—Háganme el favor —dijo—, háganme el favor.

Así que nos levantamos todos para hacerle un sitio a Clarisa al lado de su madre, o sea de la tía Amelia. Cuando volvimos a sentarnos, todo el mundo se había cambiado de sitio menos tito Eugenio, que seguía al lado de Martina, y papá, que seguía entre la tía Dorotea y la tía Amelia, que empezó a contarle una operación tremenda.

Yo estaba sentado en una punta de la mesa, con Roque, Lamberto y Eloy, y los camareros empezaron a traer ostras.

—Para los niños —dijo la tía Matilde—, nada de ostras. Mejor unos embutidos.

—¿Y por qué voy a quedarme yo sin ostras? —gritó Eloy.



—Porque no te gustan, cariño  
—contestó la tía Matilde, que es la  
madre de Eloy.



—¡Sí que me gustan! —gritó Eloy—. ¡Yo  
quiero ostras!

El *maître* se acercó muy nervioso y la tía Matilde le dijo:

20 —Dele unas cuantas ostras al pequeño.

—Vaya un método de educación —dijo la tía Dorotea. Y a la tía Matilde eso no le gustó un pelo.

—Querida Dorotea —dijo—, permíteme que eduque a mi hijo como a mí me parezca oportuno. De todas formas, tú eres soltera, así que no puedes entender mucho de educación infantil.

La tía Dorotea se echó a llorar y dijo que nadie la quería y que era muy desgraciada, igual que hace Agnan en el colegio cuando le decimos que es el ojito derecho de la profe. Todo el mundo se levantó para consolar a la tía Dorotea, y entonces apareció el *maître* con los camareros, que traían montones de ostras.



—¡Siéntense! —gritó el *maître*.

La familia entera se sentó y vi que papá intentó cambiarse de sitio, pero no lo consiguió.



—¿Has visto? —me dijo Eloy—. Tengo ostras.

Yo no dije nada y me puse a comer mi salchichón. Eloy miraba sus ostras, pero no se las comía.

21

—¿Qué? —le preguntó la tía Matilde—. ¿No vas a comerte tus ostras?

—No —dijo Eloy.

—¿Ves cómo mamá tenía razón? —dijo la tía Matilde—. No te gustan las ostras.

—¡Sí me gustan! —gritó Eloy—. ¡Pero no están frescas!

—Bonita excusa —dijo la tía Dorotea.

—¡No es ninguna excusa! —gritó la tía Matilde—. Si el pequeño dice que sus ostras no están frescas es porque no están frescas. ¡Además, yo también les encuentro un gusto raro!

Vino el *maître*. Tenía pinta de estar de lo más nervioso.





—¡Háganme el favor —dijo—, háganme el favor!

—Las ostras no están frescas —dijo la tía Matilde—. ¿Verdad, Casimiro?

—Sí —dijo el tío Casimiro.

—¿Lo ve usted? ¡Él también lo dice! —dijo la tía Matilde.

24

El *maître* dio un profundo suspiro y mandó que se llevaran todas las ostras menos las de la tía Dorotea.

Luego trajeron el asado, que estaba de rechupete. Tito Eugenio contaba chistes, pero en voz muy baja, y la prima Martina se reía todo el rato. La tía Amelia hablaba con papá mientras cortaba su carne, y papá dejó de comer, y de repente la tía Amelia tuvo que marcharse corriendo porque Roque y Lamberto se pusieron malos.

—Claro —dijo la tía Dorotea—. A fuerza de atiborrar a los niños...

El *maître* estaba junto a nuestra mesa. No tenía buen aspecto y se secaba la cara con el pañuelo.



Eloy, mientras se comía el postre (¡tarta!), empezó a contarme que en su colegio los compañeros eran fantásticos y que él era el jefe de la banda. A mí me ha dado la risa porque mis compañeros son mucho mejores que los suyos. Alcestes, Godofredo, Rufo, Eudes y los demás no tienen nada que ver con los compañeros de Eloy.

—Tus compañeros son una birria —le dije a Eloy—, y además yo también soy el jefe de mi banda, y tú eres tonto.

25

Así que nos pegamos, y papá, mamá y la tía Matilde vinieron a separarnos y luego se pelearon entre ellos. Clarisa se echó a llorar y todo el mundo se levantó y se puso a gritar, incluso los otros clientes y el *maitre*.

Cuando volvimos a casa, papá y mamá parecían disgustados.

¡Y les comprendo! Es muy triste pensar que ahora tendremos que esperar un año entero hasta la próxima comida familiar...

